

## PRÓLOGO A LA EDICIÓN ACTUAL...

... a esta nueva edición de *Methodus Vitae*, tan reclamada ya durante años, de «un Leibniz latino» (escrito en el lenguaje científico del XVII), compendiado y orientado hacia una antropología francamente antagónica de la occidental, digamos, oficial: impuesta, más o menos ladinamente, y mantenida incluso a golpe de religión de Estado –sí, de religión de Estado con sueldo mensual, de funcionario clerical o universitario, y ello en escenarios occidentales decisivos–. De suerte que, la de Leibniz, es una aportación junto a otras pero en abierta confrontación con ellas, ya desde los orígenes de la modernidad. Su característica, que no ha de quedar diluida en las múltiples polémicas y correspondencias que mantuvo, consiste en que sitúa metódicamente cualquier conocimiento en la intención y el esquema de lo humano, concebido y planteado desde la monadología. Alcanzando así fuerza ordenadora desde supuestos renovados, y ofreciendo marco y método a las especializaciones que se han ido encerrando por inercia académica en su campo profesional, o también que quedaron encerradas metódicamente en el cuadro heredado de positivismo, más o menos «neo» pero a la deriva casi siempre: salidos, o echados, de la gran tradición humanista independiente, que empuja con la Antigüedad y su intención, y que enseña a trabajar para el hombre, con el hombre y desde el hombre.

*Methodus Vitae* no es un manojo de textos: es una interpretación de la vida con principales textos latinos leibnizianos, aumentados en esta segunda edición en más de una docena y con índices de materias ulteriormente enriquecidos.

Todo el mundo conoce el mejor diccionario del mundo, indiscutiblemente el mejor: el *Dictionnaire historique et critique*, de Pierre Bayle. No lo llamo el mejor porque lo estimara así Leibniz, que escribió su gran libro, la *Théodicée*, en diálogo expreso y sistemático con la teología contenida en dicho diccionario y que encontró ya internacionalizada en él y por él su monadología en el artículo *Rorarius*; lo llama así un servidor a la espera de que alguien señale un diccionario o enciclopedia elaborado con más información, ingenio y buen juicio, para comprármelo enseguida. Pues bien, cuando François Arouet «Voltaire» escribió su (petit) *Dictionnaire philosophique* lo llamó «portatif» porque era manual y cabía en un bolsillo, pero no se le ocurrió a nadie, y menos a él, entenderlo en competencia con el de Pierre Bayle que ocupa como poco

cuatro volúmenes en folio, con ochocientas páginas más o menos cada uno, prietas y a tres columnas hasta marginales de letra menuda (aunque con esto de internet te lo pongan por cinco euros a la puerta de tu casa, bien que «considerably worn» de calamidades de la edad, «joints craked», «very heavily annotated» por sus sucesivos propietarios, etc. etc.). Por su misma naturaleza no podían competir entre sí en modo alguno ambos envidiables diccionarios franceses, sino ayudarse, favorecerse, remitirse recíprocamente en todos los sentidos. Así que *Methodus Vitae* pretende favorecer y acompañar, modesta y jocundamente, cualesquiera grandes ediciones principales de Leibniz como las que hay en curso de edición o de traducción, desde Berlín a Granada, o las que hubo en España desde fines del XIX (los siete volúmenes de «La España moderna»), y luego en México y Buenos Aires. Pero es «portatif» por dimensión y por precio. ¡Y ojalá tengamos en el futuro otras recopilaciones o selecciones de Leibniz como las de Couturat o Grua o Cassirer! *Tota pedra fa paret*, diguem en València; *tutto fa brodo*, dicono gli italiani; todo «Leibniz» hace rumbo y método, decía Russell. Van apareciendo estrellas sin parar y ninguna se sale del firmamento.

Ir dando textos de la historia del pensamiento humano con interpretación personal clara y definida es tarea de intelectual.

Hoy es hora de Leibniz más de lo que parece y se dice, y hay que darle ahora las facilidades que un día se le negaron; que es lo que hacemos algunas personas modestas. Ortega lo previó y se lo previno a García Morente, María Zambrano y Julián Marías, entre otros. Y también empuja su actualidad en política universal y en religiosidad universal, espacios espirituales y culturales éstos donde el siglo XX, como el XVI, les deja a los venideros un mundo hecho unos zorros, habiéndose gastado todo el esfuerzo y dinero del siglo en guerras calientes y frías y en Concilios pastorales y nada aclaratorios, que no supieron, no saben reconstruir una unidad viable en política y religión; y que, todo lo más, han tenido que tolerar, a fuerza de revoluciones, «un poco de luz y no más sangre» (Miguel de Cervantes). Es hora de Leibniz, y más de lo que parece, porque el hombre no puede salir más que del hombre, y al hombre lo tienen obturado los poderes visibles e invisibles de este planeta chico y matón pero en el que «el Verbo que era vida... se hizo carne» (San Juan, 1, 1.14).

Además de que, a la insuficiencia, patente hoy más que dramáticamente, de la dirección metafísica que tomaba el hombre en el XVII, se puede contraponer la conciencia, afín a la leibniziana, de un hombre como Shaftesbury, que no venía de pietismos ni milenarismos ni de cromwellianos ejércitos o cárceles «modelo», sino de casa del mismo Locke y de la antigüedad greco-romana que le enseñaron a leer para aprender latín y sabiduría humana y política. No era tan rara y pintoresca pues, como querían algunos, la metafísica de Leibniz. De la obra del radicalmente discrepante de Locke y de Hobbes, de la obra de Shaftesbury decía Leibniz que la hubiera incorporado a la «Teodicea» si la hubiera conocido o siquiera sospechado cuando la preparó (con excepción de la idea de la muerte). ¿Cómo iba a pensar Leibniz, ni a sospechar

siquiera, que en la misma casa en que residía acogido Locke, tenía un joven representante de su visión del mundo y la vida, incluido el cristianismo? El ritmo de la general Historia trae estas arritmias de las que ha de resultar la que llamaba Unamuno una «metarithmisis». Hoy, de una honesta meditación de Europa, inevitable y apremiante, reflexión que no puede menos de arrancar en los inicios de la modernidad y en la frustrada discusión entre Locke y Leibniz, ha de formar parte –esencialmente– la obra de Shaftesbury, que hemos procurado promover nosotros en los últimos años (*Shaftesbury, crisis de la civilización puritana*, más las tres obras del Lord traducidas e introducidas). Se dicen mutuamente más Leibniz y Shaftesbury que Leibniz y cualquiera otro de sus correspondientes o interlocutores.

Europa y la civilización occidental en general, ha de aprender mucho de sus errores, entre los que está singularmente la marginación de Leibniz.

Ya con esta me despido, agradecido a este maestro generoso y luminoso que me hicieron encontrar Ortega y Dilthey, Brentano y Brunetière (sí, el traducido por don Manuel Granell en la inenarrable colección Austral a quien tanto debemos las gentes de mi generación), y también los Azcárate, traductores de Leibniz, y los hombres de la Institución Libre de Enseñanza –dígase todo y, en particular, con alusión directa a quienes se han desentendido de ello con una omisión que es más que olvido por ignorancia–. Ortega mismo fue dirigido hacia Leibniz y Dilthey por don Francisco Giner, varón no sólo piadoso sino avisado, a quien en necrológica de reconocimiento llamó el madrileño «la fuente», como se echa de ver en los escritos póstumos de Ortega recién publicados, Giner de los Ríos, inventor de «la marginación esencial».

En el oneroso trabajo de esta nueva edición minuciosamente revisada y aumentada me ha prestado su imprescindible ayuda, como siempre, el profesor Rafael Blanco cuya silenciosa asistencia va más allá de lo que parece, en virtud del modo de inteligencia afín que sabe poner en juego. Gracias, Rafael. En cuanto a Isabel, está siempre en el fondo y en la compañía de mi esfuerzo por llegar a ser útil y aportar algo con que pagar lo mucho que he recibido.

Agustín Andreu Rodrigo  
Campanar (Valencia), diciembre de 2010